

CONVERSANDO CON JACOBO RAUSKIN

Victorio Suárez

Jacobo Rauskin (Villarrica, 1941) ocupa un lugar sobresaliente entre los poetas paraguayos de nuestro tiempo. En su obra, que abarca una veintena de títulos, conviven el decir de la tradición y las expresiones críticas de la modernidad, lo que permite al autor construir un puente sobre aguas no siempre serenas ni necesariamente turbulentas. Dueño de un estilo depurado y de una esplendente continuidad, Rauskin no se contenta con ninguna fuente para aplacar la sed. En realidad, el tono íntimo, por momentos agudo y desgarrador, establece una relación del poeta con el mundo, abriendo entonces los poros de una escritura donde campea la claridad. La admirable unidad tonal de su ya extensa obra ha sido reconocida en numerosas ocasiones. En los libros de todas sus épocas, hay un primordial descontento con la historia vivida y con la marcha actual de los sucesos. A partir de este descontento, el autor acampa en la convulsión del sentido sin que ello signifique renuncia de su parte a exigir al lector su incorporación al proceso creativo.

Rauskin nos recibe en su casa de la Cañada del Ybyray, tranquilo y arbolado barrio de Asunción.

Pareciera como si Ud. escribiera, en principio, para nadie... ¿Para quien escribe el poeta?

La palabra artista aplicada a un poeta vive hoy en un gran descrédito. La aventura, o mejor, el arte de la variación, es el único camino real de un poeta. Sin embargo, cierto arte permanente, inmune a los ultrajes del tiempo, es necesario para

seguir escribiendo. Los talleres, que son tan importantes, insisten en la técnica, pero la técnica no es el arte. Hay confusión, en gran medida, porque las nuevas generaciones tienden a simplificar de manera extrema la escritura. La real cualidad armónica de un verso no suele ser objeto de estudio en este tiempo. Estudiar poesía tendría que ser algo parecido a estudiar música. Se puede gozar inmensamente con no importa qué música, pero a la hora de decir qué la sostiene como tal, el simple gozador no existe. Además, el auge de las traducciones es una mala noticia. Quien lee mucha poesía traducida se aleja de la música de su propio idioma. Es verdad que en todo poema, incluso en los malos, hay cierta magia, pero se trata de la magia del idioma, no la del poeta.

Magia y poesía le habrán acompañado desde siempre...

Mi madre solía leerme poesía en los años de mi niñez y yo jugaba a producir unos versos por la vía de la imitación. Era una pura magia para mí solamente y para el cariñoso y comprensivo silencio de mi madre.

En su familia hubo un ambiente propicio a la poesía...

Y no sólo gracias a mi madre, digo, porque también me apoyaba mi padre, entre cuyas novelas favoritas se encontraba «La vorágine». Era yo un jovencito que no sabía nada de nada cuando leía esas páginas de Rivera. Las leía en voz alta, cautivado por la sonoridad. Todavía recuerdo algunos párrafos íntegros como se recuerda un poema. Leía mucho, era un lector omnívoro. Leía, además, muchísima basura. Incluso llegué a desarrollar una cierta pasión por novelitas espantosas como las de Mauricio Dekobra, que entonces las vendían en los kioscos.

Mi abuelo, que intuía el peligro, me trajo un día, de regalo, una edición en dos tomos de Los miserables, y me dijo: Hay que leer cosas serias y no perder el tiempo. Puedo decir que ese libro decidió mi vida, no diré de autor, pero sí de lector.

Pero su poesía diseña un alegato a favor de los marginados...

Claro que sí, pero le aseguro que yo pienso en la palabra alegato y ya me veo ante un juez en un tribunal. Como usted comprenderá, no creo en los jueces. Todos tienen vocación de estatua. Les encantaría pasar a la historia como los que condenan a un hombre por robar un pedazo de pan. O peor aún, sin decirle al condenado por qué lo condenan. La literatura da un gran salto de Hugo a Kafka, pero la justicia no, ella es siempre la misma, la gran ausente.

Usted insiste en la trascendencia oculta en la vida cotidiana, en las tareas humildes, en la dignidad de los postergados...

El juego tiene que ver tanto con el sentido del discurso como con la posible falta de sentido o de razón del contexto, porque el juego verbal termina por cambiar la perspectiva desde la cual examinamos el contexto y, entonces, puede asomar la ironía. Que me perdonen algunos posmodernos, pero el fácil nihilismo en el cual, en nombre de la solitaria conciencia como último reino del sujeto, han caído tantos seguidores de Nietzsche, no me interesa. La poesía es un arte semántico, un arte modelador y modulador del sentido. En algún momento de nuestra conversación citó a Wallace Stevens: La poesía es una renovación de la experiencia. Y tiene razón usted, Suárez, al decir que yo me acerco a esa definición. En lo que me atañe, la trascendencia está ausente en las gestas, en las proezas y en el

éxtasis místico, porque en ninguna de estas tres clasificaciones de campos trascendentes entra mi intuición del hecho poético, ni hablar ya de mi experiencia. Escribir es, como ya dijimos, una operación del idioma en la que hay que dar lugar a la magia. Ahí entra en escena la vida cotidiana, lo hace en nombre de la posible trascendencia. Pero también entra en escena la voluntad de juego y, entonces, la ironía.

En Espantadiablos abundan ejemplos tomados de una conciencia poética del mal...

Es así. Sin embargo, permítame una pregunta. ¿Cuánta conciencia del mal puede soportar un poema lírico? Yo no me avergüenzo de ser lírico, de escribir poemas que a veces terminan en una sublimación de la risa o del llanto.

Desde luego, la suya es una poesía de solidaridad para con el hombre...

Creo que la página poética nos muestra un camino de trascendencia. Fue San Agustín quien dijo que el hombre era alguien que no podía darse un gobierno a sí mismo. Y mi pregunta tiene que ver con el horror ante el vacío sin una rama de la cual asirnos. Entonces, ¿quién gobierna al hombre? El mal nos aguarda a cada paso. Escribir poesía es practicar un exorcismo, es regresar a la más antigua de las religiones. Yo veo en la guerra, en la posesión disfrazada de amor, en el despojo de la identidad, en la usura del oro y del espíritu, en la esclavitud tolerada cuando no alentada desde los gobiernos, formas frecuentes y vulgares del mal. Ellas dominan el escenario y convierten a las formas sutiles del mal en un lujo para escritores.

El amor ocupa un lugar capital en su obra...

Quién sabe. Yo no quiero repetirme sino variar. Escribí y escribo poemas en los cuales celebro el acercamiento de los amantes por motivos que ellos no llegan a saber y yo no espero conocer. Además, todos los intentos de intervenir en ese acercamiento son perfectamente inconducentes. Quienes se aman, se encuentran, aparecen, no se inventan. Además, no existe vocación amorosa, sino disponibilidad. Decía Villamediana: amar es un alterno beneficio. Algo similar sucede con eso de ser poeta. Nadie lo es por vocación o por oficio, sino más bien por un empujón de los que suele dar el destino.

Del destino nadie quiera hablar ahora...

Cuando el destino es destronado en nombre de la razón suficiente, el amor se desvincula de la poesía amorosa tal como la entendemos algunos y vive su poema en la esfera del propio ego y no ya del alterno beneficio. Así, el otro va desapareciendo en el juego de la posesión. No es posible, por lo menos para mí, leer sin tristeza tantos poemas de amor sin esperanza, sin ilusión, poemas en los que lo erótico termina por ser tema de elegía.

Escribe a veces poemas de amor que rozan la tristeza...

La tristeza sí, no la elegía, que es muy diferente. Además, el trabajo de un poeta no es dorar la píldora. Es todo lo contrario, es robar dolor a la anestesia, es devolver al dolor su propio idioma. Eso es perfectamente válido, sobre todo, para la poesía amorosa. El paradigma es siempre el mismo: es el descenso de Orfeo a los infiernos, y nadie va por ese camino sino va penando. En el reino de los muertos, Orfeo rescata a Eurídice y,

así, el amor recobra a la persona amada y la arrebatada del olvido que, para los antiguos, era otro nombre de la muerte. De todos modos, creer que la visión órfica de la poesía puede ser sustituida por el lamento de la pérdida del estado amoroso es un error antiquísimo, quizás inevitable, porque a Orfeo lo hemos desfigurado todos.

En sus libros también hay poemas donde recrea el perfil de un mundo en sombras, criaturas condenadas al anonimato, personajes de un reino de Plutón...

No creo que mi modesta visión del infierno pueda tener a Plutón como deidad reinante. Los diablos, así, en plural, hacen de la tierra su infierno y el nuestro. Soy, como el primer hombre, incapaz de distinguir entre superstición y religión. Por eso creo que se puede espantar a los diablos, porque están encarnados y, entonces, son vulnerables. Yo hago amuletos en verso. Para unos, soy un hechicero; para otros, un artesano.